

# **EL HOMBRE QUE COMPRABA VOLUNTADES**

**Ariel Joselovsky**

# I

El viejo avaro tenía ojos muy intensos, con unas cejas muy densas que apuntaban hacia arriba. Eso le daba un aspecto de fuerza y personalidad; hablaba gritando, lo cual infundía temor, siempre se mostraba enojado pero generoso, pero con el tiempo entendí que su generosidad era exactamente igual a su egoísmo, en apariencia era un salvador, un hombre justo, pero en realidad, todos callaban ya que las normas de justicia las dictaba él y su extraña moral de avaricia. Un salvador de gente desesperada a la que su dinero sacaba de apuros, pero perdían su voluntad y dignidad frente a él.

No era alto, más bien un poco bajo, de contextura robusta que combinaba con su mirada y cejas un tanto diabólicas, Con sus gritos imponía desde un principio un miedo que se confundía con respetuosidad, en particular a aquellos que debían pedirle algo. Entendía la usura como una forma de caridad y la evasión fiscal como una justicia social personalizada. El viejo usurero era muy "respetado" y muy "querido" por el séquito de deudores, temerosos siempre a que les cortase el crédito y temerosos también de su habitual venganza preferida, la humillación por su veredicto: si el viejo dictaminaba "es un ladrón" o "un estúpido" la marca era de por vida frente al séquito, y el séquito era mucha gente. Tener al viejo en contra era pasar a la pobreza y el descrédito.

Un hombre muy hábil con los números, una prodigiosa velocidad de cálculo, todos permitían que les calculase sus préstamos en su pensamiento, cantidad más interés y número de cuotas, se las arreglaba muy bien para que su brutal usura pareciera un favor donde él perdía dinero y su acreedor era el beneficiado. La técnica era muy clara, prestaba en muy largo plazo, en principio las cuotas parecían pequeñas y muy accesibles, pero el viejo en cada préstamo doblaba su dinero y así tenía un esclavo moral por años y años. De esta forma amasó una fortuna, pero también una enorme cantidad de personas que le debían dinero, y también sabían que iban a tener que cumplir por años cualquier cosa que el viejo pidiese. Un ejército de pobres infelices a su disposición.

Así pasaban los años. Su riqueza en dinero, mas favores, le permitieron hacer grandes negocios con muchos socios de igual calaña; entre todos formaban un grupo con poder que se presentaba en sociedad como una asociación benéfica. A veces lo eran, un pequeño donativo era recibido en el reducto donde se movía como una gran obra de bien. El hombre deudor es capaz de arrastrarse detrás de su amo, pero todos lo veían como un gesto de agradecimiento, al igual que su evasión fiscal no era un acto de justicia sino un vulgar delito a la sociedad real, aún así era tolerado como la de un ciudadano ejemplar.

Su ingenio para los números y acaparar dinero sumando esclavos morales, sólo quedaba detrás de una habilidad mayor, la de hacer creer a todos que él siempre podía perder y los ayudaba, mientras, así ganaba y oprimía voluntades pisoteando dignidades en su camino.

Valoraba el mundo en dos mitades muy desiguales, los denominados estúpidos y los inteligentes. A esos los inteligentes, siempre los buscaba para ver cómo ampliar sus negocios, jóvenes inteligentes con formación y necesidad de apoyo, pero estos solían darse cuenta del egoísmo y avaricia, y lo abandonaban. Entonces el viejo, bien se encargaba de desacreditarlos, les decía a todo el que le escuchaba "ellos se pierden la oportunidad de crecer siendo tan desagradecidos", era su forma de demostrar qué importante era con su ayuda falsa. Así pasó los años acumulando dinero y veneradores, y por supuesto, también enemigos y resentidos, no todos sus aduladores lo eran, muchos o casi todos con los años sólo aparentaban serlo.

También así era el amor de su familia, lo querían mucho, pero el odio crecía en sus almas. Ninguno de sus componentes dependía de sí mismo. El viejo avaro les proporcionaba una vida cómoda sin necesidades, pero originaba fuertes

resentimientos. Una hija, lo castigó casándose con alguien muy ajeno a sus creencias religiosas, no una vez, lo hizo dos veces. Otra quizás la más inteligente, se formó muy bien en sus estudios y con el dinero del viejo se fue a vivir al otro lado del planeta. Sus hijos varones dos inútiles muy hipocondríacos, vivían su vida creyendo ser muy importantes con ridículos proyectos que el viejo avaro financiaba, uno creía tener asma, siempre con erupciones en la piel, visitando médicos y médicos como un gran enfermo, que en realidad lo era, un neurótico somatizador; el otro no era muy distinto, los dolores aquí y allí, un día sí y otro también, era el motivo de su queja y su justificación de existencia.

Pero lo verdaderamente triste era su esposa, con complicada vida de enfermedades del tipo de las distonías vago tónicas, tensiones musculares con grandes dolores, verdadero asma e hipertensión. Por supuesto el viejo era fuerte como un roble, nunca nadie lo vio enfermo, es común ver personas egoístas y maliciosas muy sanas y fuertes que enferman a sus seres más queridos en su loca carrera de éxitos con objetivos avariciosos.

Muchos de sus deudores terminaban siendo presionados moral y socialmente por las redes de apoyo de aduladores del usurero. Estas víctimas también terminaban con enfermedades serias, infartos y depresión eran muy frecuentes.

Su forma de proceder, la humillación como arma y ofensas silenciosas, como resultado, creó mucho dolor y muchas almas tristes.

En su interior sabía muy bien que la necesidad ajena era un campo de cultivo muy fértil donde su avaricia se materializaba, en dinero, y en súbditos de moral quebrada. Muchos corazones quedaron con cicatrices donde sus dueños hurgaban sintiendo el sufrimiento vivido, arrepentidos del miedo sentido y dejarse caer en su impotencia de enfrentarse al usurero.

Cuando se sabía o se decía que alguno había logrado vencer al viejo en su intento de comprar voluntades, era rápidamente apartado de sus vidas, pero en el fondo se le envidiaba la valentía y las cicatrices de muchos corazones ese día reían, porque el viejo en silencio sufría en su vil moral inventada, muy de vez en tanto pisoteada.

## II

La esposa del viejo avaro era una mujer de aspecto enfermizo, labrado en años de contradicciones intelectuales, morales y sociales. Su cuerpo era pequeño con ojos vivaces, tenía un tórax insuflado que delataba su asma de larga data, notorio a primera vista, sin embargo su voz sonaba con fuerza pero se entremezclaba con ahogos. El tema principal de sus conversaciones era siempre algún dolor de turno, por esos días la lumbalgias tenían un protagonismo único y excluyente, y a pesar de ser una mujer inteligente, en su conversación buscaba convencer de su inevitable sillón de ruedas como destino final en respuesta a las fracasadas operaciones que nunca ocurrieron, ni ocurrirían, pero según su relato la dejarían en silla de ruedas. Lo curioso es que su familia sufría por la pobre futura paralítica que jamás existiría, es que hay familias donde la exageración hipocondríaca es el lazo de amor más fuerte.

Su marido convencido que con su dinero solucionaría todo, se marchaba a trabajar en busca de aumentar su fortuna, una vez más, y solventar los gastos de su enferma mujer con los mejores médicos. Es así como le expresaba su amor. Ella sufría mucho y el pagaba los gastos, pero iba a trabajar muchas horas y horas bien lejos de su casa, cuanto más lejos mejor aunque le sobrara dinero para no tener que trabajar el resto de su vida. Así en esa hipocresía de "vete a trabajar que yo sufro en tu ausencia" y el "yo trabajo mucho hasta la extenuación para pagar los gastos de tu sufrimiento" esta pareja vivió décadas de doloroso amor compartido.

Es curioso ¿o no?, que la competencia de quién mas sufre sea el vínculo de una pareja de muchos años de matrimonio, les aseguro que no soy irónico en mi relato, soy muy sincero y realista, créanme, funcionan así en muchos casos y hasta son casi felices.

La esposa del avaro era en general una buena mujer, claro que la soberbia de tener siempre la razón en todos y cualquier tema era un punto esencial que compartía con su usurero marido, nada como tener la voluntad vencida de muchos alrededor para ser dueño de la razón.

Ella estaba convencida que el amor de su vida era ese hombre tan trabajador y brillante empresario que hizo fortuna con sacrificio y esfuerzo, lo demás eran habladurías de desagradecidos, pero a ella en su razón muy íntima no le salían las cuentas del corazón, algo que nunca asumió con la conciencia, pero pagaba con su cuerpo.

Es posible que alguna vez tiempo atrás ella haya comenzado con una hipocondría inocente de una mujer "de su época" al servicio de su marido y captase su atención con síntomas varios, pero los años hicieron mella en su salud y la enfermedad se hizo presente, sin abandonar su histeria e hipocondría, algo así como que su enfermedad era el capital y la hipocondría los intereses.

¿Acaso ella era una especuladora de amor con su sufrimiento? si, que mas remedio le quedaba para tener atención plena de su amado usurero y negar la verdadera vida material abusiva de su esposo, ¿eso también la convertía en usurera?, no, terminantemente no, era un víctima de la perversión en la vida de un hombre cuya moral y leyes el mismo creaba, pero ella era su karma. Doy fe que él sufría por su mujer con verdadero sentimiento.

Hasta el ser más egoísta ama a su manera, pero también ama y su amor hierde mucho, en este caso más de lo que el nunca se imaginó.

En algún lugar de aquella mujer había un dolor que almacenaba esa forma tan torpe del amor recibido por un hombre tan avaricioso, ese dolor migraba por todo su cuerpo, cefaleas eternas, lumbalgias y un eterno cansancio - debilidad paradigmática la caracterizaban.

Como antes mencioné, ella era una buena mujer con las personas que la rodeaban, pero conservaba esa costumbre de dividir el mundo entre estúpidos (la mayoría) y los inteligentes (un grupo selecto). Ambos cónyuges funcionaban como clasistas intelectuales. Ellos eran inteligentes, la mujer lo justo y el viejo tenía el don de la matemática y el olfato del negocio, pero poseer mucho dinero les hacía tener la balanza de la justicia intelectual debajo de su brazo y usarla a su gusto y conveniencia.

Al hijo menor le gustaba llamar la atención como un joven de ideales sociales elevados un anti-capitalista que dejaba en ridículo a su padre avaricioso y provocaba dolores a su madre, quien intentaba disimular la tragicómica situación de que en casa de ricos, un Marxista de primer orden ponía en evidencia el brutal capitalismo del padre, con algunas "excepciones", ya que el joven no trabajaba, era un pésimo estudiante crónico de antropología y revolucionario en los pasillos de la universidad, pero en casa maltrataba hasta la repugnancia al personal doméstico como todos en esa familia. El personal doméstico era para ellos, trabajadores pero muy estúpidos y "qué sería de estos infelices sin el trabajo que ellos les proporcionaban", así se convencían de su bondad con un egoísmo magnánimo disfrazado de caridad.

El joven Marxista también era un gran hipocondríaco especializado en fiebres bajas pero eternas, para más dolor y suplicio de su madre.

Sin dudas las familias hipocondríacas hacen sinergias increíbles que logran retroalimentar el uno al otro.

El otro integrante de este grupo de convivencia era el mayor de los varones, ya que sus hijas mucho más inteligentes se había marchado pronto, llevándose los beneficios económicos y dejando muchos disgustos a sus padres como un pago a los malos momentos vividos, ya que ellas siempre fueron conscientes de los abusos que

causaba su avaricioso padre en la gente trabajadora o necesitada, y la ceguera psicológica de la madre para permanecer a su lado y crear una imagen falsa de familia ejemplar en la sociedad que los rodeaba.

Pero volvamos al mayor de los hijos varones. Por dictamen de sus padres era un "muchacho muy inteligente", en realidad, un joven normal insuflado por sus padres y elogiado por el séquito, una fórmula perfecta para crear un infeliz, era homosexual reprimido y muy escondido que protagonizaba una aparente vida heterosexual que lógicamente lo torturaba y hacía de él un individuo infeliz.

Siempre rodeado de amigos galanes que le daban una apariencia de grupo conquistador donde bien se escondía, pero todos sus amigos notaban al muchacho oculto en el armario, todos sentían su triste vida. No finalizó el colegio secundario, nunca se le conoció una novia, ni tampoco un novio, era blanco de muchas bromas sobre sus múltiples síntomas, problemas de acné severo, dolores varios, un muy dudoso asma y una delgadez extrema como bandera y tortura hacia su madre.

Así este matrimonio formó una familia ideal de hipocondríacos muy rica en variedad de síntomas y gran sufrimiento en vidas infelices.

El viejo avaro era fuerte como un toro, pero cada año tenía más dificultades con su audición, hasta llegar a estar completamente sordo y depender de unos audífonos.

Una vez comenté este tema con un psicoanalista y me dijo, es muy común que las personas que no escuchan a nadie y hacen lo que se les da gana terminen sordas como una somatización de una actitud de vida, no escuchar a los demás, solo encerrado en sus pensamientos más turbulentos, ambiciosos e inescrupulosos.

Un viejo avaro fuerte y sordo, una mujer verdaderamente enferma e hipocondríaca, un joven también hipocondríaco, un inútil Marxista justiciero social en la calle y un tirano en casa, más un desdichado ser con su homosexualidad reprimida, que se jactaba de odiar homosexuales y llevar una vida falsa. Este grupo transitó por la sociedad como una familia casi normal, casi feliz, y por sobre todo, una familia a quien poder pedir... Cuando la necesidad apremia la dignidad pierde valor y familias así crecen en la hipocresía social.

### III

Esa mañana era muy temprano, en un invierno duro como hacía mucho tiempo no teníamos. Nos reunimos en el despacho de siempre. Pasada ya la media hora donde se habían terminado los temas pendientes, el viejo avaro tenía que partir a su peregrinaje diario que comenzaba muy temprano y finalizaba tarde. En ese peregrinaje para supervisar cada uno de sus negocios, que eran muchos, tenía que cuidar cómo funcionaban sus distintos comercios, llevar dinero de unos a otros porque en unos faltaba y en otros sobraba, esa forma de repartir el dinero de un lado a otro le dibujaba un aspecto físico caricaturesco, en cada bolsillo llevaba un fajo de dinero, entre los más o menos diez bolsillos que sumaba entre los pantalones, chaqueta y sobretodo, más el que llevaba en su desgastado portafolios, parecía un banco clandestino humano, sin embargo su aspecto no era el de un hombre rico y mucho menos ostentoso, era desprolijo casi más parecido a un pordiosero ya que su ropa era de calidad pero muy vieja y desgastada, mal combinada en estilos y colores, como le gusta decir a la gente "viste con la ropa del finado". Era cierto, parecía ropa prestada o heredada, lo curioso es que ni siquiera se daba cuenta de su aspecto, su cabeza estaba sumergida siempre en más y más actividad. Le gustaba mucho repartir sus inversiones en distintos rubros, como él decía "así siempre la balanza bien compensada, si en algún lado pierdo en otro gano", en realidad su negocio principal era financiero, financiaba en cuotas de economía sumergida aquellos productos que simulaba vender al contado para el fisco y financiaba básicamente con usura pura y

dura, intereses leoninos, más la evasión fiscal del beneficio de su usura que después con sus jugosas ganancias invertía en la construcción con uno o dos socios que obtenían el dinero de forma parecida. La construcción permite inflar costes con facturas exageradas y así blanquear de dinero opaco, y el resto, a cuentas en paraísos fiscales.

Como el día se había puesto frío y lluvioso, al impetuoso viejo que siempre estaba apurado le dio cierto temor conducir con esa escasa visibilidad y mientras esperaba una mejoría del tiempo se originó nuestra charla. Me atraía hacerlo hablar de sus fechorías, y como me tenía en su privilegiado "grupo de intelectuales" su lengua se iba fácil, así me contó la siguiente historia.

- Sabes, una vez hace muchos años construí mi edificio más grande con cuatro socios, era una mole de cemento enorme, con más de cien apartamentos y muchas plazas de garaje, tres subsuelos de garaje.

Yo lo miraba con atención y él se sentía halagado, entonces se entusiasmaba y más me relataba hasta llegar a mi parte preferida, contar las cosas más turbias de sus negocios, y esta sin dudas fue más que turbia, no se trataba de negocios de usura y evasión fiscal, esta vez me contaría su falta absoluta de escrúpulos.

- Mira, cuando empieza la excavación del gran foso para los garajes, que era muchos metros de profundidad, en el apuro de la obra se excedieron varios metros por debajo del edificio vecino, tanto que cavaron por debajo de los cimientos del mismo.

- ¿Pero no era peligroso eso? Pregunté haciéndome el sorprendido.

- Bueno un poco, es cierto que el ingeniero se asustó mucho y me propuso detener el trabajo, avisar a las autoridades y apuntalar el edificio vecino, más la evacuación de sus habitantes porque había posibilidad de derrumbe ¡Ja! ¿Te imaginas el dinero que hubiera perdido si le hacía caso?!

Sabía de su actitud de rapiña, pero no alcanzaba a entender que me contara que había puesto en peligro la vida de familias enteras por ahorrarse dinero, traté de seguir la conversación como si su confesión criminal fuera normal.

El viejo al sentirse "entendido", soltó más su loca lengua.

- Sí, nos hicimos los distraídos tres días, era viernes al mediodía y la obra se detuvo hasta el lunes por la mañana.

- ¿Entonces se pasaron el fin de semana al borde del derrumbe? Pregunté con naturalidad para que siguiera su insólito relato.

- Sí, ¡pero no paso nada!

Hablé con mis socios y todos menos uno estuvieron de acuerdo en correr el riesgo, le dijimos al ingeniero que si había derrumbe buscaríamos culpables entre los obreros y diríamos que él no sabía nada y por supuesto nosotros menos.

- ¿Y que hizo el ingeniero?

- Bueno, qué iba a decir, o corría el riesgo o lo dejábamos fuera de esta obra y las que seguían, y también le dijimos que se callara o terminaría siendo el culpable...

- Mire que bien, ¡así no tuvo salida!

- ¡Claro! Se perdía muchos negocios con nosotros y ¡todos quieren hacer negocios conmigo! , exclamó muy entusiasmado.

- ¿Y el socio que no estuvo de acuerdo?

- Un estúpido, se fue del país una semana, se escondió y nunca supimos dónde, cuando volvió le compramos su parte y nunca más hicimos negocios con ese bobo.

- ¿Los vecinos no sospecharon nada?

- No, tapamos todo con vallas altas y pusimos un custodia privado, dijimos que de noche nos robaban materiales, total la gente se cree todo.

- ¿usted no se preocupó?

- Bueno no es que me diera igual, si había derrumbe habría que gastar más dinero en disimularlo como un accidente y darle dinero algún idiota para que cargue con la culpa. Pero no te digo que no pasó nada, ¡tuvimos suerte!

- ¿El edificio que casi se derrumba era el mismo que está ahora?

- Sí, es muy viejo

- Ahhh, el que viven como diez familias.
- Si tampoco era tanta gente, me contestó con naturalidad.
- Usted ganó mucho dinero con ese edificio.
- Recuperando la inversión, me dejó 7 apartamentos de ganancias que ahora los alquilo, fue un buen negocio, si, si, fue un buen negocio...y sin riesgo económico. El único riesgo que le importaba al viejo.

## IV

El viejo usurero tenía por costumbre ofrecer recogerte con su automóvil para ir juntos a cualquier lugar que coincidiera con una cita. Tenía esa extraña necesidad de mostrar su siempre interesada disposición, así que fueron muchos los viajes juntos a citas donde me necesitaba. Desde hacía tiempo, yo sabía que no le gustaba ir solo, de ahí su ofrecimiento sistemático, como tenía esa extraña empatía conmigo siempre me contaba algo comprometido que nadie o pocos sabían, en su relato percibía una suerte de confesión exculpatoria de sus fechorías, como si fuera yo su hijo preferido y comprensivo que lo entendería. Claro que no era su hijo, sus verdaderos hijos sabían de esa actitud, algo que me hizo ganar un muy disimulado odio, traducido en "inocentes celos" de aquellos. Él se refería a sus hijos como seres queridos pero fracasados, tenía razones, pues lo eran, sobre todo cuando el mismo viejo los pisoteaba con su larga sombra de hombre de éxito. El viejo me consideraba de los suyos, un joven de éxito, pero aunque no lo dijese un hombre honesto como el no lo era, pero lo disimulaba en cada confesión que parecía lavar su pasado. Esa tarde casi noche viajamos en su automóvil que conducía pésimo (frenaba brusco y aceleraba igual, las náuseas eran parte del viaje) también las náuseas eran un marco apropiado para escuchar sus relatos codiciosos. Me contó que tiempo atrás le había comprado un hotel importante a un mafioso americano residente en Florida, USA, lugar que solía viajar una vez al año a cuidar inversiones del lavado de sus negocios procedentes del país donde residía y evadía escandalosamente.

En mi cara trataba de acentuar la falta de sorpresa con la mayor naturaleza posible, para como alguna vez dije, incentivarlo a contar todo su funesto relato con detalle. El viejo me contó la compra a la mafia del citado hotel, en señal de metáfora sobre hijos inútiles, y asoció a los suyos en la conversación que inició sin previo aviso y a cuento de nada; vivía en su mundo y bajaba cuando quería a la realidad disparando relatos de su vida.

El mafioso tenía un hijo muy derrochador y nada trabajador, y como se ponía viejo muy próximo a la muerte, quería asegurar al vago de su hijo una renta para cuando ya falleciese y que alguien se la administrara de forma obligada, este era el negocio del viejo. Paso a contar.

El hotel era de un valor millonario que debería venderse con notable descuento si solo era pagado en diez años, en mensualidades bien documentadas, con cláusulas que impedían su cancelación anticipada, además de un pago inicial de dinero permitía tres años de gracia sin abonar nada. Sin dudas era un gran trato para el viejo, pero ¿por qué un mafioso haría un negocio con tantas ventajas para otro y pérdida para sí mismo? el viejo como moraleja, me cuenta el espíritu de la confesión del mafioso, los tres años de gracia eran aproximadamente la vida que le quedaba al delincuente, pues padecía un cáncer terminal y esa era la estimación de vida que le daban los médicos cuidándose mucho, así se aseguraba que su hijo tuviera una asignación mensual para sus gastos durante una década, porque daba por descontado que la fortuna que recibían los otros hijos sería bien administrada y el hijo descarado no les pediría dinero a sus hermanos al menos por esa década, ni estos se tendrían que ocupar de él.

En la metáfora buscaba explicarme de qué manera el tendría que encontrar un método similar para sus hijos, que no eran derrochadores, solo inútiles, y preveía que a su muerte su fortuna se consumiría en malos negocios ya que estos se pensaban hábiles y por supuesto no lo eran. También en una década según sus cálculos, posiblemente le ocurriera lo mismo que al mafioso.

Lo mire y di la razón con un gesto de mi cara, pero sin destacar que sus hijos nunca serían usureros ni evasores, pero sí marqué y sin exagerar que muy hábiles no eran con los negocios, y mientras con una mano seguía conduciendo como un salvaje con la otra me daba golpes en mi pierna en señal de alegría por comprenderlo.

Por supuesto que lo comprendía. Mientras mis gestos corporales indicaban una tímida aprobación, por dentro sentía y me preguntaba qué hacía yo al lado de un hombre sin escrúpulos. Me seducían sus permanentes elogios y su promesa de apoyo a cualquier emprendimiento, tenía la sensación que si mis emprendimientos eran decentes, no debía sentir culpa y tenía la certeza que sabría dominar su falta de escrúpulos si decidía hacer algo con él en un futuro. Pero eso fue una estúpida jactancia mía que con el tiempo tuvo un desenlace brutal, para mí una victoria pírrica y para él su Waterloo intelectual, justo el lugar donde se creía invencible.

A diferencia de todos cuanto se le acercaban yo no pedía nada. En lugar de financiar un proyecto mío, que era todo cuanto se podía esperar de él; precisamente el viejo me pedía hacer algo juntos, seríamos socios me decía, y que para él sería un honor. No había muchos precedentes, todos sus socios se le parecían, yo no tenía nada absolutamente nada de su forma de vivir y actuar, es cierto que el viejo tenía edad para ser mi padre y que había fracasado con sus hijos en cuanto a tener algo de qué jactarse como padre orgulloso.

Así fueron pasando años, siempre que me necesitaba en aquello que sabía hacer, lo hacía. Conocía al viejo desde que yo era un adolescente, en mis épocas de estudio universitario me permitió un trabajo con el que podía acomodar mis horarios a cambio de un sueldo magro, sin seguridad social y ningún tipo de aporte. Yo cumplía bien con el trabajo, me sirvió para subsistir en la vida y estudiar a la vez mi carrera. Como empleado le salía barato, podía decirse que estábamos a mano, pero obviamente siempre se jactaba de haberme ayudado, algo que me molestaba mucho, pero sabía lo hacía con todos, ese curioso rol de benefactor y explotador en simultáneo.

Al fin llegamos al lugar indicado, me había avisado que lo esperaba un viejo y querido amigo al que yo bien conocía, pero no diré su nombre ya que el relato que sigue de llamémosle M fue muy humillante. Más que como un negocio, fue humillado como persona. M era verdaderamente un amigo del viejo hacía unos cuarenta años, un vendedor de automóviles usados que tenía un gran local con dos plantas de garaje en donde exponía sus vehículos a la venta en el local. Guardaba muchos otros en las plantas de garaje, eran aquellos que surgían de la compra a personas que necesitaban dinero con urgencia, les ofrecía un precio escaso muy por debajo del valor real pero a cambio les daría el dinero en el momento y en efectivo, toda una tentación irresistible para una persona desesperada. Naturalmente el dinero provenía de las arcas oscuras del viejo, así acumulaban docenas de automóviles pagados a precio de saldo y como no tenían ningún apuro en venderlos, lo hacían tranquilos y a buen precio, obteniendo una interesante ganancia que se repartían. Más financiación usurera que el viejo se queda en su bolsillo. Hacía muchos años que M vivía bien de su negocio, pero ya se sentía mayor y deseaba retirarse. Su relación con el viejo avaro era lógica, vendía los automóviles a crédito, el viejo le daba el dinero del valor del automóvil, se quedaba con la mejor parte y también la usura; la financiación como siempre, cuotas bajas en varios años casi sin entrada alguna, en ese tiempo tan prolongado se termina pagando dos o tres veces el valor del vehículo. Está claro que facilitaba la compra, pero había una usura canalla, siempre eran personas necesitadas de un automóvil para trabajar. Este era otro lugar en donde caían desesperados y necesitados, donde la especulación y la usura era única la opción.

M además de hacerse mayor, veía ya que el negocio no era como antes. Cada año se sentía más sucio y más dependiente del viejo y su despotismo, necesitaba vender su gran propiedad, saldar alguna deuda –obviamente con el viejo- y retirarse.

Cuando entramos el viejo me dice -espérame unos minutos que esto es rápido y hacemos lo nuestro, espérame en aquella oficina –señalándome con el dedo- que M y yo nos reunimos en esta otra.

Saludé a M, fui al lugar que me indicó y ellos comenzaron su reunión. Ambas oficinas estaban separadas tan solo por un tabique de fino cemento, se podía oír toda la conversación.

M le explicaba al viejo cuál era el precio que pensaba podía vender su excelente propiedad, escuché un valor que era menor que el del mercado y pensé que el viejo ya le había exigido un esfuerzo al solo hecho de sacar ventaja. El diez por ciento de descuento que M ofrecía bien podía obtenerlo si vendía la propiedad con más tiempo a otro interesado, pero por lo que se veía necesitaba vender rápido. El viejo que como dije era bastante sordo, hablaba a los gritos, y también con esa excusa –cierta- aprovechaba para gritar más y de mal modo, por eso cuando escuchó el precio que le había propuesto M, reaccionó como un poseso, gritaba exaltado que no podía, que todos se aprovechaban de él, que estaba cansando de ser usado porque era bueno y rico.

No me sorprendió nada el teatro que montó ante la oferta que era buena en sí misma. Por supuesto que le sobraba el dinero y quería hacer la operación, porque ese local era una buena inversión, su teatro buscaba aumentar el descuento y ponerse una vez mas en el lugar del benefactor que ayuda perdiendo, cuando en realidad se aprovecha de otra víctima de su sistema.

La oferta de viejo fue propia de Drácula. Quería la mitad de precio. Se lo gritaba humillando,- ¡¡yo siempre lo ayudé!!!! ¡¡Ahora usted tiene que ayudarme, si quiere mi ayuda!!!!

Con ese juego de palabras muy pensado, el usurero buscaba quebrar la moral del que se decía amigo de una vida. Y pudo lograrlo. Tuve que escuchar como M se humillaba con sus palabras y sus sollozos muy sentidos, era un hombre mayor necesitado y estaba rogando, ya no su derecho, estaba pidiendo un poco de dignidad. Dolía mucho escucharlo y repugnaba el hecho ventajero. Me di cuenta que el viejo no sólo lo hacía por avaricia, había cierto placer en la humillación hacia los demás como si su esencia humana fuese la de un vampiro que necesitaba más sangre de su víctima. Pensé, es un enfermo, un psicópata, no tiene límites.

De repente gritó -¡¡bueno, está bien!!! y le ofreció un 30% menos del valor real, una auténtica estafa oportunista que remachó con - nunca se olvide de cómo lo he ayudado. De M solo se oía un profundo silencio.

Se abrieron las puertas, salí para saludar y pude ver a M con su rostro desenchajado y agotado, miraba el suelo como quien se muere de vergüenza, yo sentía más vergüenza por estar ahí siendo testigo de su desgracia y humillación.

Cada vez más crecía en mi la idea de hacer algo con el viejo. Estaba cayendo en la estupidez del desafío intelectual y ridículamente justiciero, mi ego se inflamaba, estaba cayendo en la trampa del orgullo, que como todo orgullo venía de una humillación y ofensa, no era la mía era la mi padre que vivió pisoteado por gente de la calaña del viejo usurero.

La historia de M me recuerda a otra, la de C, un hombre muy honrado y sencillo que llevaba mucho tiempo desempleado. A través de un vínculo del hijo mayor del avaro, C tuvo una entrevista de trabajo con el viejo, este entre sus tantos negocios, era dueño de una cadena de muebles económicos que por supuesto vendía financiados. La tienda era muy concurrida por gente humilde. Una vez me dijo - a estos les doy crédito porque saben que si me fallan nunca más tendrán otra oportunidad. Era cierto que la gente muy humilde y trabajadora no reunía los requisitos de las mueblerías tradicionales que se financiaban a través de bancos, y el viejo vio con su ojo de águila un mercado muy necesitado, el de los pobres.

Esa capacidad para hacer negocios con la necesidad de otros era todo un talento perverso, pero un talento al fin, y era cierto, la gente humilde y necesitada era muy buena pagadora aunque la usura de pagar intereses leoninos fuese su única opción. Aquí aparece C. Qué mejor que una persona honesta y digna de origen humilde y necesitado de trabajo para administrar una de sus sucursales.

El último encargado había sido alguien que supo cómo robar al viejo hasta que lo descubrieron, como había pensado que robar a un ladrón tiene cien años de perdón, se quedó con mucha documentación que probaba las estafas del viejo a hacienda, por lo que un despido bien indemnizado y un pacto de silencio terminó la relación con otro viejo conocido, y C ocupó el lugar vacante. Era un hombre muy bueno de buenas intenciones, lo conocí muy de cerca cuando de muy joven trabajé para el viejo como ya conté en su momento, era un empleo de economía sumergida que me permitía estudiar.

C entró a su trabajo que desempeñó hasta su último día con mucha voluntad y decencia, pero con la sombra que el viejo le había dado un trabajo cuando no lo tenía ni podía conseguirlo; otra vez el doble personaje de benefactor y explotador. Es cierto que darle trabajo fue una buena acción, pero al trabajar con honestidad y mucha voluntad la deuda estaba pagada con creces, pero siempre había oportunidad de recordarle que lo ayudó y de paso tratarlo despóticamente.

C era puro trabajo y esfuerzo pero no era rápido con los números, necesitaba tiempo y una calculadora. El viejo podía hacer los números mentalmente con gran velocidad y el pobre C no podía ser más rápido. Con sus dedos en la calculadora, más el miedo a equivocarse terminaba errando y el viejo estallaba con gritos e insultos. En realidad fueron pocas las malas palabras pero sí muy abundantes las hirientes, con mucha habilidad lo hacía sentir un inútil al bueno de C, que aguantaba por necesidad.

Siempre que se acercaba la hora de llegada del viejo C comenzaba a ponerse muy nervioso, y cuando se sentaban a hacer la caja del día a C se le ponía la cara roja y pálida alternativamente, los gritos con comentarios humillantes traían el rojo de su rostro y cada error la palidez. Así durante cuatro largos años sufriendo a la hora de "hacer la caja".

C era hipertenso y fumador, con cada cajetilla de cigarrillos perdía mucha salud.

Una tarde dentro del local, cuando faltaban varias horas para la llegada del viejo con el huracán de números, gritos y humillaciones, C se sentó en una cama de exposición de la mueblería, nadie se había dado cuenta, se recostó tocándose el pecho y respirando ahogadamente, en ese momento todos corrieron para ayudar, uno le hablaba, otro llamaba a la ambulancia, pero C a sus 56 años murió de un infarto fulminante.

Nadie pensó en cómo había sucedido, algunos pensaron en el cigarrillo, otros en su hipertensión, yo me acordaba de cada una de las humillaciones.

## V

La idea de hacer algo juntos con el viejo comenzó a tener verdadera forma, después que varias veces me recordara que ser socios sería un orgullo para él, así que cuando dio un paso más adelante y me preguntó ¿cuántos metros cuadrados hacían falta para hacer eso que a tu haces?, me tomó por sorpresa su pregunta. Yo me encontraba sentado junto a unos amigos en medio del cumpleaños de su nieto menor, hijo del mayor de los varones del viejo, cuando el viejo con su típica manera se acercó al grupo reunido y sin importar sobre qué estábamos hablando, me disparó su pregunta. Hacía unos minutos que en ese grupo se hacían bromas pesadas con las inclinaciones sexuales precisamente del hijo del viejo, que ya casado y con hijos por esas fechas, el tema de sus modales afeminados y la manera en que se había casado levantaban más sospechas todavía, a las eternas desde la adolescencia que ya eran muchas.

Este hijo en cuestión tenía una empresa con un socio, donde por supuesto él ponía capital y trabajo, y el otro socio las ideas, así una simple agencia publicitaria de un solo cliente avanzó un poco más en el mercado. Un día el socio de las ideas, decidió tomarse un tiempo sabático percibiendo honorarios y el hijo del viejo se quedó trabajando solo, y sin dejar de enviarle mensualidades a su socio, una situación extraña que nadie entendía y se prestaba a muchas suspicacias en la relación de ambos socios. En el momento que el viejo se aproximó al grupo "Tacho" un amigo caracterizado por su forma grosera de hablar y pensar hacia bromas homófobas de mal gusto sobre intimidades sexuales del dúo de socios, el viejo entre su sordera y lo poco que le importaba la existencia de "Tacho" habló sobre las palabras de este como si no existiera, hablándome directamente a mí con su curiosa e imprevista pregunta de los metros cuadrados. Todos los que me rodeaban fueron desapareciendo por miedo a que el viejo hubiera escuchado las groseras palabras de "Tacho", que todavía pálido al ver al viejo, se retiraba lentamente y con disimulo.

Rápidamente se acercó J el hijo del viejo con sus celos de siempre, no soportaba que yo hablara a solas con su padre y desde el comienzo de la conversación lo atacó con un ¡¡no papá!!, ese local no es para él, y le encontraba defectos a toda posibilidad de utilizarlo en algún proyecto conmigo. Mientras padre hijo debatían yo seguía sin saber de qué local hablaban.

El hijo no pudo evitar que el viejo una vez más se saliera con la suya, me propuso una cita en el misterioso lugar y la acepté, quería saber que era lo que se traía entre manos.

Así fue que en días siguientes nos encontramos en un enorme local, muy bien ubicado en la ciudad y me ofrece hacer allí lo que yo quisiera, el sería el socio capitalista y yo el ideólogo, y aquello que más le importaba una vez puesto en marcha, que me quede a dirigir el proyecto asegurándose así que yo trabajara con él.

Antes de irnos me contó que ese local tan importante lo había recibido como pago de una deuda, de un préstamo que alguien no podía pagarle, otra víctima más de su usura, algo que me llevó a pensar mucho sobre qué hacer frente a la oferta. En su antojadísima confesión no hizo más que recordarme que era un buitre y me volví a preguntar si quería un buitre como socio.

Era mucho más cuanto tenía en contra aceptarlo que rechazarlo, no solo por el buitre de socio que tarde o temprano me querría sacar los ojos, también los celos del hijo que no hacía otra cosa que boicotear cualquier posible situación de trabajo con su padre. Así estaba la situación, una oferta para realizar un gran proyecto pero también un peligro latente, unirme con personas que tarde o temprano lastiman por su avaricia en el caso del viejo, y los celos de su hijo.

Aprovechando que mis días estaban muy ocupados, algo que dejé muy claro desde el principio, fuimos dejando pasar el tiempo. Como el viejo, ansioso como pocos y acostumbrado a que ninguna persona lo contradiga, me advierte que el local podría ser alquilado en un excelente precio en cualquier momento, con mucha naturalidad le dije –¡fantástico, alquílelo!-, es más, me ofrecí a recomendarlo a algunas personas que podrían interesarle. Esto no cayó nada bien al viejo, se mostró indiferente por fuera, pero por dentro no había hecho más que desarrollar aún más su deseo que fuéramos socios.

En sus deseos de sociedad, me cerraba en mi pensamiento la idea que el me veía rentable con un negocio que yo emprendiese, que de alguna manera se apareciera como la persona que ayudó a un joven emprendedor y también la satisfacción de parecer un padre orgulloso de un hijo adoptivo de la vida. Pero también algo sucio tendría en su mente de empresario avaro y usurero, pero yo no sabía ¿qué? y ¿cómo?. Además yo tenía muy claro que no me estaba haciendo un favor, aunque todo indicara que si para su séquito, tan grande como gente había caído en sus favores tramposos.

Después de varios meses le llevé una propuesta de negocio, como el local era inmenso deberíamos parcelarlo y alquilar cada parcela a un cliente distinto, pero todos

deberían ser del mismo rubro, de manera que el cliente de uno podía servir a otro, una suerte de pequeño centro comercial especializado.

La idea le gustó muchísimo, la suma de los diferentes alquileres era mucho mayor que cualquier alquiler del local solo, como el amenazaba, y cada inquilino invertiría en la remodelación del centro valorizando mucho más la propiedad, que en ese momento era un local muy grande, muy bien ubicado, pero en ruinas desde su estado edilicio.

Me presentó unos arquitectos amigos suyos que con el tiempo demostraron ser malos arquitectos, pero tenían la habilidad de conseguir facturas muy infladas por valores muy bajos, esto era una excelente forma de lavar dinero, de esto me percaté después de haber puesto el viejo como condición a los inquilinos que toda la obra pasaría por ellos. Cuando vi las facturas ya me había dado cuenta que era un estupendo negocio del viejo, yo traía los buenos inquilinos que entusiasmados con la propuesta aceptaron a los arquitectos, que a su vez también pasaban honorarios inflados con facturas que servían de lavado de dinero proveniente de usura y evasión fiscal. Sabía que el viejo usaba mis contactos para el blanqueo de su sucio dinero, pero mis contactos tuvieron un centro comercial que les fue un excelente negocio por muchos años. La promesa de recibir un buen honorario por mi trabajo, nunca se cumplió.

Si, el viejo me estafó y yo clamaba venganza.

Mantuve el tono por mucho tiempo. El mantenía su promesa de una recompensa que nunca llegaba y comenzaba a proponer nuevos y más grandes negocios que me harían ganar más aún (si algún día llegaba a cobrar), esto generaba en el la idea de un fiel socio joven al que estaba engañando, y también una gran confianza en mí. Me generaba mucho enojo la idea de humillación y la ofensa era enorme, pero debía mantener el pulso bajo la idea de estafar a un estafador. Por supuesto quería mi dinero pactado, ni un céntimo más, pero lo que más deseaba era hacerlo sentir que era un blanco de ser engañado, hacerlo sentir vulnerable y ridículo con su vileza y que, consumada la estafa al estafador, no pudiera decir nada porque la jugada incluía su dinero sucio. ¿Cómo podía denunciar o comentar que le engañaron con el dinero de la usura y evasión fiscal? era un juego de ajedrez difícil, pero no imposible.

Todo comenzó cuando un día el viejo me dice que le asombraba mi capacidad para los números, él se sentía superado, nunca le había sucedido con nadie. Pensé que era otra trampa, cada vez que se ponía en víctima, el otro que suponía ser victimario perdía y mucho, pero ¿cuál era la trampa?

Había que hacer un experimento, simular una operación de financiación ficticia con números que le fueran muy jugosos con un cliente inexistente y que confiara en mí, sabía que la avaricia le nublabla la mente. Nadie debía saber de su existencia, yo haría todo, recibiría su dinero que era de usura, se lo entregaría al supuesto cliente y guardaría la documentación que avalara la operación, pero debía confiar en mí. Curiosamente ocurrió como un reloj, los números que le dije verbalmente lo convencieron y lo pusieron eufórico por el gran negocio. Me dijo - eres peor que yo, ¡¡sacas agua de la piedra!!!, Confió en todo, no pidió los documentos, confió en mí como si fuera ese hijo que se inventó en su cabeza.

Había cobrado mi deuda, ahora tenía que pensar cómo finalizar esta situación y sacar al viejo de mi vida, que se quedara enojado, dolido y sobre todo, se sintiera engañado. Pero ocurrió un inconveniente, unos días más tarde se reunió conmigo y me ofreció una fortuna disponible para hacer más operaciones como la anterior.

## VI

Frente a la situación que me planteó el viejo, aun siendo tentadora, yo no quería hacer lo mismo que él hacía, lucrar con dinero sucio. Podría haberme quedado con mucho

dinero, pero consideraba ya saldada la deuda que tenía conmigo, me había cobrado mi dinero y también pude hacer que algunas personas que el viejo explotaba, recibieran una compensación, era más que suficiente.

Ahora debía separar al viejo usurero de mi vida, pero todavía podía demostrarle que el también era una posible víctima de engaño, que no era todo lo listo que se creía y debía sentir la humillación que había hecho sentir a otros en su propia carne.

Si yo le contaba cómo había sido engañado por su necesidad de ser siempre el vencedor y mostrarle cómo su avaricia fue su error, seguramente se enojaría mucho, gritaría, negaría su condición de avaro, se haría la víctima, me amenazaría y también sufriría en su cuerpo alguna forma de catarsis, podría subir su tensión arterial y hasta algún fuerte dolor en su pecho. Era necesario mantener la calma, solo mostrar la verdad, que había sido engañado, víctima de su desesperación por el dinero, que no era infalible y sobre todo que el buscó su propia estafa, alguna vez le tocaba perder y eso fue el premio y castigo a su forma de ser. Había que mostrarle su miseria moral y que su obra de caridad era una farsa. Su familia estaba destruida por su responsabilidad, su mujer se enfermó por vergüenza, sus hijos fracasados eran su creación.

Hacer una reunión cara a cara explicando con cada detalle como cayó en su propia trampa y recordarle cada una de sus víctimas y cada uno de sus atropellos y humillaciones a seres necesitados, parecía un acto de justicia.

Acordada la reunión con día, lugar y hora, solo tocaba esperar. No era mucho tiempo, se lo citaba para un suculento negocio, no para el verdadero motivo, saber que fue engañado por ser una mala persona.

Los momentos previos a la reunión fueron muy tensos. Mantener la calma y explicar con precisión su error y el dolor de sus víctimas de usura, no era una tarea fácil. El sabía muy bien cómo destruir el diálogo con gritos y victimismo y hasta ponerse violento.

Era muy puntual, pero esta vez llevaba más de quince minutos de retraso. Pensé que de alguna forma se veía venir algo, era inteligente y mucho, y se estaba retrasando como parte de una estrategia, de hecho lo estaba logrando, la calma ya era tensa. Pasó casi una hora, ni un llamado avisando su retraso, no sabía qué podría a este viejo usurero, ansioso y prepotente, llevar a actuar con frialdad medida y paciente. Ahora él era el que traía paciencia a la desesperación y las dudas, sería ya posible que su cuerpo sienta el malestar que hizo sentir a tanta gente, las angustias y miedos que propagó durante años a personas debilitadas por las circunstancias, parecía ya difícil, había caído en su trampa y era un ser vengativo. Qué se traía en esta espera fría y calculada.

Al no poder aguantar más la espera, me obligó a actuar teniendo que llamar por teléfono para preguntar qué estaba sucediendo, era difícil o imposible no hacerlo.

Convencido ya con mucho más de una hora de retraso, que en el obligado llamado estaba su trampa y venganza, no tuve más remedio que hacerlo.

Lllamarlo y estar muy atento a su respuesta, evitar que se escapara de escuchar la verdad de su accionar inmoral. Llamé con muchos nervios y tensión en todo el cuerpo, sentía vértigos, no me atendía. Vuelvo a llamar, su esposa recibe el llamado y llorando amargamente me dice –fui a despertarlo y estaba muerto.

Había fallecido durmiendo, sin sufrir me decía, tuvo por suerte una muerte dulce... así se conformaba su mujer al decirlo.

